

URUWELAYA

El escorpión venenoso vive allí izando su ponzoña a la sombra de las piedras. La cobra venenosa y traicionera acecha en los espesos matorrales; potros salvajes huyen del león asesino y los buitres limpian el ambiente bravío de todo cadáver putrefacto.

Una ventisca desafiante soplaba en sentido contrario al paso del príncipe como queriéndole decir: “no te adentres más”. Pero la mente del caminante pensaba en otra cosa: “Cómo encontrar en total soledad la fórmula perfecta para derrotar al prolífico inventor de la vejez, la enfermedad y la muerte”.

—Si no he encontrado la verdad en mi reino, ni en compañía de los sabios, ni en los sacrificios extenuantes con los ascetas, la encontraré en la soledad.

De esta forma continuó con paso firme hacia lo desconocido. Atrás quedaron unos muros derribados por el huracán del tiempo, últimos vestigios de un antiguo y próspero reino que se lo tragó el desierto.



Sus poderosas torres, antaño inexpugnables, ahora fácilmente conquistadas por espinosos cactus. Sidarta dedujo: —Así como la gloria del más prolongado río acaba en el mar, así todo lo que construye el hombre es perecedero y acaba en el olvido.

—Por tal evidencia, nadie que sea sabio se contenta con lo que ha de caer ni acapara lo que tiene que dejar.

Más adelante, lo primero que encontró fue el esqueleto intacto del que pudo ser en vida un enorme y fuerte animal. Se acercó, lo observó

detenidamente y dijo para sí:

—Hasta a los más gigantescos animales les llega también su fin, toda vida termina en muerte:

De pronto observó que algo brillaba como el oro, despejó la enredadera que cubría el esqueleto, y la sorpresa fue infinita cuando se dio cuenta que era el escudo real de la familia Sakia; el más costoso ornamento que el mundo había conocido, hecho de piedras preciosas y oro puro.



— ¡KANTAKA! —Gritó el príncipe, desesperado, y sintió un dolor homicida que le atravesó el alma y le hizo rodar por tierra.

Recordemos que el noble corcel había nacido el mismo día que Sidarta llegó para iluminar al mundo y había crecido a su lado. Nunca se había separado hasta que el noble príncipe partió solo.

Al notar la falta de su amo, Kantaka se escapó y salió en su búsqueda. Vagó solo por la extensa pradera de pastizales frescos y murió de hambre: Prefirió no comer más a vivir sin su amo.

Cuando el príncipe se recuperó del doloroso impacto emocional que le produjo saber el triste fin de su noble y fiel compañero y de ver allí tirado el tesoro más grande que el mundo había conocido, meditó sobre el profundo misterio de la vida y enunció una de las leyes que son base de su doctrina, aquella que nunca falla y siempre permanece:

“DEL APEGO NACE EL DOLOR,
DE LA POSESION NACE EL MIEDO.
NO SENTIRA MIEDO EL QUE NO POSEE,
Y TAMPOCO SOBRECOTERA EL DOLOR
AL QUE CARECE DE APEGOS”.

Quien posee siente miedo constante de perder lo que con tanto afán y fatiga ha conseguido, y cuando se pierde lo que se tiene, lo cual necesariamente tendrá que ocurrir, se sentirá inmenso dolor. Por eso quien nada posee nada teme, nunca sentirá el dolor de tener que perder o dejar lo que se quiere.

Sidarta, después de haber sentido ese momento de fuerte dolor, dio forma al siguiente pensamiento que más tarde serviría de enseñanza:

—“El mundo os dice: Goza con sus hijos el que tiene hijos, goza con sus vacas el que tiene vacas, por sus posesiones goza el hombre.

Mas he descubierto que sufre con sus hijos el que tiene hijos, sufre por sus vacas el que tiene vacas... por sus posesiones se encadena y sufre el hombre”.

El caminante se incorporó. Atrás lo esperaba su esposa, su hijo, su padre, su palacio y su pueblo que gozarían con su presencia. Adelante lo esperaba la muerte... Siguió hacia delante.

Observó una especie de camino, o mejor un rastro que dejaban las caravanas que se aventuraban a cruzar la llanura; siguió por ahí a paso decidido pero tembloroso.

Algunas flores, con sus pétalos suplicantes al cielo, clamaban por la lluvia pero ésta se secaba antes de caer.

El calor sofocante del medio día obligó al caminante a buscar agua donde no la había. Unos pasos más y cayó extenuado. Horas más tarde perdió el conocimiento y quedó a merced de fieras, buitres y demás criaturas hambrientas que esperaban el fácil alimento rico en sangre fresca.

El Sol, considerado fuente de vida, también es causa de destrucción; esta vez caía verticalmente sobre su humanidad para matarlo por deshidratación en medio de esa soledad espantosa.

EL PELIGRO DE SER APLASTADO

Dicen que en Uruwelaya la muerte va de la mano con el silencio, la sorpresa y la velocidad, y no perdona a los débiles que intentan traspasarla.

¡Súbitamente!, un tropel de caballos se precipito sobre el príncipe que estaba tendido, precisamente, en medio del borroso camino de las veloces bestias. Sidarta recobró el conocimiento y trató de arrastrarse para esquivarlos, pero, desgraciadamente, **no lo logró**.



Se trataba de magnífico carruaje cubierto, arrastrado por briosos caballos. Detrás de éste, otros caballos arrastraban carretas cargadas de mercancías y provisiones. La caravana alcanzó a detenerse peligrosamente muy cerca del cuerpo del príncipe.

— ¡Este hombre morirá pronto! —Le dijo **TAPUSA**, el jefe de la caravana, a **BALTIKA**, su ayudante principal.

—No vale la pena, es un mendigo, no tiene dinero, dejémoslo ahí; las fieras se encargarán de él y harán el trabajo por nosotros —repuso Baltika fríamente.

— ¡Parece un mendigo pero sus facciones son las de un noble. ¡Súbalo al carruaje!

—Ordenó Tapusa—. Rocíenle agua fresca y que continúe el viaje ¡

Cuando estaban en movimiento, Sidarta se reanimó y bebió abundante agua endulzada con rica miel hasta que recobró todas sus fuerzas y su entendimiento.

— ¿Hacia dónde te diriges sucio mendigo?—Preguntó Baltika.

—Allí donde termina el horizonte, allí donde pueda encontrar la gran riqueza, —le respondió Sidarta. A esto repuso Baltika:

—Nosotros hemos llegado muchas veces allá y no la hemos encontrado, por eso tenemos que arriesgarnos duramente por estas llanuras y solamente sobrevivimos. y puedo decirte, con seguridad, que en toda esta inmensa llanura no existe una sola moneda de oro, únicamente hay pobreza y esqueletos de animales.

—Disculpe señor Baltika, yo busco aquello que ni el tiempo ni la muerte logre arrebatarme, yo no quiero oro.

—Deliras, mendigo tonto. Desprecias el oro porque nunca has podido tener moneda en tus manos; pero el día que la tuvieras te llenarías de felicidad.

— ¿Lo crees así? —Preguntó Sidarta.

— ¡Sin duda alguna! Mira, harapiento, conoce una moneda de oro, aquí está grabada la cara del poderoso rey Sudodana, él es un dios de riqueza, él es el dueño de todo el oro que existe y de todas las tierras que pisamos.

—Nosotros nos servimos de ellas, pero tú no has merecido saber ni siquiera que existen los palacios, las altas cortes llenas de gloria y de placer, tú sólo eres dueño de esos sucios harapos y por eso desprecias el oro.

—Ahora conoce por primera vez en tu vida una seda. Con ellas se visten los nobles. Existen sedas aún más valiosas que no conocemos, pues son bordadas con oro; sólo los príncipes logran lucirlas.

Tú no puedes ni siquiera imaginarlas, no obstante, mendigo, te he enseñado algunas cosas pues yo conozco de todo y tú no conoces nada.

—El viaje es monótono —continuó Baltika—. Mi compañero es un aburrido que no le gusta escuchar ni hablar de cosas valiosas; a mí sí me gusta hablar y charlar. Cuéntame, sucio mendigo, ¿qué has aprendido en tu insignificante y arrastrada vida?

— ¡Cállate! —Interrumpió Tapusa—, deja de molestar al joven con tus sarcasmos, mejor bríndale alimento que más tarde necesitaremos sus fuerzas para ayudar a reparar las carretas.

— ¡OH sí! —Respondió Baltika—: —ven y come en abundancia— le dijo en voz alta, pero en secreto le advirtió:

—Come solamente arroz, ¡La carne es para mí!

Sidarta se alimentó y agradeció a Baltika quien continuó con sus habladurías. De nuevo le preguntó en son de burla:

— ¿Qué se siente siendo tan pobre?

Sidarta le respondió: —No existe la pobreza allí donde las necesidades son pocas; en cambio, quien vive sujeto a la vanidad, jamás será rico.

—En nuestro interior se encuentran tesoros más valiosos que los soñados por el rey más ambicioso. Al contrario, la peor pobreza es la del espíritu.

—Pero así no se puede ser feliz —alegó Baltika, a lo cual respondió Sidarta:

—No debemos codiciar lo que no necesitamos para vivir. Vida sencilla y pensamientos elevados son el secreto de la felicidad.

—Por qué eres tan flaco —dijo Baltika con aire burlesco.

— ¡Dije que te calles! —Se interpuso Tapusa y agregó: No todas las preguntas merecen una respuesta.

Te felicito Baltika porque tienes el cerebro un poco más grande que el de una lagartija, pero no mortifiques más al mendigo.

El ayudante Baltika hizo el silencio más grande de su vida —duró un minuto—, y continuó hablando solo “cosas de gran importancia”.

